

PARTE SEGUNDA

---

LOS PICCOLOMIN

---



## PERSONAS

---

WALLENSTEIN, duque de Friedland, generalísimo de los ejércitos del Emperador, durante la guerra de los Treinta años.  
OCTAVIO PICCOLOMINI, teniente general.  
MAXIMILIANO PICCOLOMINI, su hijo, coronel de un regimiento de coraceros.  
EL CONDE TERZKY, cuñado de Wallenstein, jefe de varios regimientos.  
ILLO, mariscal de campo, confidente de Wallenstein.  
ISOLANI, general de los Croatas.  
BUTTLER, jefe de un regimiento de dragones.  
TIEFENBACH,  
MARADAS, } generales á las órdenes de Wallenstein.  
GOETZ, }  
COLLALTO, }  
NEUMANN, ayudante de Terzky.  
QUESTENBERG, consejero de guerra y enviado del Emperador.  
BAUTISTA SENI, astrólogo.  
LA DUQUESA DE FRIEDLAND, esposa de Wallenstein.  
TECLA, princesa de Friedland, su hija.  
LA CONDESA TERZKY, hermana de la duquesa.  
UN CORNETA.  
MAYORDOMO del conde Terzky.  
Pajes y criados de Friedland.  
Criados y músicos de Terzky.  
Generales y coroneles.

---

La escena en Pilsen (Bohemia).



## ACTO I

---

### ESCENA PRIMERA

Una sala gótica en las casas consistoriales de Pilsen, adornada con banderas y arreos militares

ILLO, BUTTLER, ISOLANI

ILLO.

**P**ARDE llegais, pero llegáis al fin, y el largo trecho excusa, conde Isolani, la tardanza.

ISOLANI.—En cambio no venimos con las manos vacías. En Donauwoerth hemos sabido que se dirigían hacia aquí seiscientos carros de provisiones, y mis croatas se han apoderado de ellos; con nosotros los hemos traído.

ILLO.—Á buen punto llegan para nutrir á la muy respetable asamblea.

BUTTLER.—Mucho movimiento hay, según parece.

ISOLANI.—Mucho; hasta las iglesias se hallan atesta-



das de tropas. (*Mirando en torno suyo.*) Veo que estáis muy bien alojados en la casa consistorial. Cuanto á los soldados, se las componen como pueden.

ILLO.—Se han reunido ya los coroneles de treinta regimientos. Aquí hallaréis á Terzky, á Tiefenbach, á Collalto, Gøetz, Maradas, Hinnersam, los Piccolomini, padre é hijo... en suma, volveréis á ver á muchos antiguos amigos. Sólo faltan Gallas y Altringer.

BUTTLE.—No aguardéis á Gallas.

ILLO (*sorprendido*).—¿Cómo?... ¿Sabréis...?

ISOLANI (*interrumpiéndole*).—¿Está aquí Max Piccolomini? Llevadme a él. Le estoy viendo todavía (y hará de eso unos diez años) combatiendo conmigo contra Mansfeld en Dessau. Para acudir en socorro de su padre, arrebatado de la corriente del Elba, tuvo el arrojo de lanzarse á caballo de lo alto del puente. Entonces apenas le apuntaba el bozo, y ahora, según me dicen, le tenemos ya convertido en un héroe completo.

ILLO.—Hoy mismo le veréis. Con la duquesa Friedland y la princesa su hija, á quienes acompaña de Carintia acá, llegará este medio día.

BUTTLE.—¿De modo que el duque llama á su lado á la duquesa y á su hija? Mucha gente reúne aquí.

ISOLANI.—Tanto mejor; sólo aguardaba oír hablar de marchas y ataques y me encuentro con que cuida de alegrarnos la vista con gratas imágenes.

ILLO (*que se habrá quedado pensativo, llama aparte á Buttler y le dice:*)—¿Por dónde sabéis que el conde Gallas no vendrá?

BUTTLE (*con intención*).—Porque se empeñó en retenerme consigo.

ILLO (*con calor*).—¡Y habéis resistido con firmeza! (*Estrechándole la mano.*) ¡Bravo, Buttler!

BUTTLE.—Tras las nuevas deudas de gratitud contraídas con el príncipe...

ILLO.—Verdad, general; sea enhorabuena.

ISOLANI.—General del regimiento que os ha cedido el príncipe, ¿verdad?... El mismo en que habéis servido de soldado raso!... Esto servirá de ejemplo y estímulo al cuerpo entero, y demostrará á todos cómo medra el mérito en la milicia.

BUTTLE.—No sé si puedo aceptar vuestras felicitaciones. Falta todavía que el Emperador sancione el nombramiento.

ISOLANI.—¡Toma!... La mano que os ha colocado á tal altura es bastante vigorosa para manteneros en ella á despecho de ministros y emperadores.

ILLO.—¡Si nos anduviéramos con tales escrúpulos!... ¿Qué nos da el Emperador? Cuanto poseemos y esperamos, todo procede del duque.

ISOLANI (*á Illo*).—¿Os he dicho ya, amigo mío, que se encargaba de pagar á mis acreedores?... Se empeña en ser desde hoy mi cajero, y en hacer de mí un hombre ordenado... ¡Y esto por la tercera vez!... Ya podéis figuraros que su magnificencia, propia de un rey, me salva de la ruina y la deshonra.

ILLO.—¡Ah! si pudiese obrar á medida de su gusto, capaz sería de regalar al soldado dominios enteros. Pero en Viena hacen el diablo y medio para irle á la mano, y cortarle las alas... Y sino, atended á lo que está ocurriendo, y las pretensiones con que se nos viene Questenberg.

BUTTLE.—Algo he oído de lo que pretende la corte, pero confío en que el duque no cederá en un ápice.

ILLO.—Ciertamente que no en lo tocante á sus derechos... pero podría dejar el mando.

BUTTLE (*sorprendido*).—¿Sabéis algo de eso?... Me asustáis.

ISOLANI.—Con eso quedábamos arruinados todos.

ILLO.—¡Basta!... Aquí viene nuestro hombre con el general Piccolomini.



BUTTLER (*moviendo la cabeza*).—Me temo que no saldremos de aquí como hemos entrado.

## ESCENA II

Dichos.—OCTAVIO PICCOLOMINI, QUESTENBERG

OCTAVIO (*desde el fondo*).—Con que, ¿nuevos huéspedes todavía?... Confesad, amigos, que sólo una guerra tan desastrosa como esta podía reunir en un campamento tantos héroes coronados de gloria!

QUESTENBERG.—No venga al de Friedland quien desee conservar un mal concepto de la guerra. Casi he olvidado yo sus plagas viendo el gran espíritu de orden que reina aquí, gracias al cual subsiste destruyendo el mundo, pero también, por lo visto, realizando grandes empresas.

OCTAVIO.—Os presento á dos valientes que completan dignamente el círculo de nuestros héroes: el conde Isolani y el coronel Buttler. Aquí tenéis el secreto del arte de la guerra (*señalando á Buttler y á Isolani*): la fuerza y la prontitud.

QUESTENBERG (*á Octavio*).—Y entre ambas cualidades, el consejo de la experiencia.

OCTAVIO (*presentando á Questenberg*).—El señor consejero de guerra y gentil-hombre Questenberg, en quien honramos al enviado del Emperador, y al abogado y celoso protector del ejército. (*Todos se callan*)

ILLO (*acercándose á Questenberg*).—No es esta la primera vez, señor ministro, que honráis el campamento con vuestra visita.

QUESTENBERG.—Cierto; otra vez me he encontrado delante de estas banderas.

ILLO.—¿Recordáis dónde? En Znaim, en Moravia fué donde fuísteis enviado por el Emperador para su-

plicar al duque que volviera á tomar el mando del ejército.

QUESTENBERG.—¡Tanto como *suplicar*, mi general!... Que yo sepa, ni mi encargo ni mi celo llegaron á este punto.

ILLO.—Pues para forzarle á ello, si os parece mejor... Bien lo recuerdo. El conde Tilly acababa de ser derrotado á orillas del Lech, con lo que Baviera quedaba abierta al enemigo y franco el paso hasta el mismo corazón de Austria. En esto, vos con Werdenberg acudisteis á nuestro general suplicantes y amenazadores para conjurarle con el disgusto del Emperador, si no se apiadaba de tal desdicha.

ISOLANI (*adelantándose*).—Esta es la verdad, señor ministro; ya se comprende que, dado vuestro actual cometido, no gustéis de acordaros del primero.

QUESTENBERG.—¿Porqué no? No existe contradicción alguna entre uno y otro. Entonces se trataba de arrancar á Bohemia de manos del enemigo; hoy debo libertarla de sus propios amigos y protectores.

ILLO.—¡Magnífica comisión! Después que arrojamos de Bohemia á los sajones, quieren ahora, por gratitud, arrojarnos á nosotros.

QUESTENBERG.—Como no sea que este desdichado país se halle condenado á trocar una calamidad por otra, fuerza es libertarle igualmente de sus amigos y de sus enemigos.

ILLO.—¡Bah!... ¡buena ha sido la cosecha de ogaño!... bien puede pagar el labriego la contribución.

QUESTENBERG.—Cierto, señor mariscal, si habláis de pastos y ganados...

ISOLANI.—La guerra fomenta la guerra. Si el Emperador pierde en ella labradores, en cambio gana soldados.

QUESTENBERG.—Con lo cual el número de vasallos se disminuye á proporción.



ISOLANI.—¡Bah!... al fin y al postre, todos somos vasallos suyos.

QUESTENBERG.—Con la diferencia, señor conde, que los unos hinchen las arcas con su útil faena, y los otros conocen á maravilla el modo de dejarlas vacías... La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede devolverle la fuerza.

BUTTLER.—No sería tan pobre el Emperador sin las sanguijuelas que le chupan la sangre al país.

ISOLANI.—Fuera de que no es tan grave la situación. (*Se adelanta y señala el traje de Questenberg.*) Por lo visto todavía no se ha acuñado todo el oro.

QUESTENBERG.—Gracias á Dios, alguno ha podido sustraerse á la codicia de los croatas.

ILLO.—¡Pues bien! Paguen la guerra ruinosa que han encendido, los que como Slawata ó Martinitz, se enriquecen con los despojos de los ciudadanos desterrados, prosperan con el general desastre, hacen su agosto en medio del público desorden y con su lujo escarnecen la miseria; paguen ellos y sus iguales ya que el Emperador, con escándalo de Bohemia, los abruma á honores y beneficios.

BUTTLER.—Vayan con esos también los gorriones de las provincias, siempre sentados á la mesa del Emperador, siempre á caza de gangas, mientras por otra parte acortan la ración al soldado y escatiman las cuentas.

ISOLANI.—En mi vida olvidaré lo que me pasó en Viena, cuando fui por la remonta del regimiento. ¡Qué modo de llevarme y traerme de una habitación á otra, y obligarme á hacer antesala con la chusma lacayuna, como si hubiese ido á mendigar un mendrugo!... Por fin me enviaron un capuchino... Yo creí que iba á confesarme, pero no: era el hombre con quien debía tratar de la compra de los caballos. Volvíme sin haber conseguido nada, cuando en tres días el príncipe me

arregló lo que no pude obtener en todo un mes en Viena.

QUESTENBERG.—En efecto, consta la tal partida en las cuentas, y por cierto que no hemos podido pagarla todavía.

ILLO.—Rudo oficio es la guerra, señor ministro, y no permite andarse con paños calientes. Si había que aguardar á que Viena eligiese entre veinticuatro partidos crueles, el menos grave, nos pasaríamos la vida aguardando. Lo mejor es echar por medio de las dificultades, y caiga el que caiga. En general, los hombres se acomodan más fácilmente á una necesidad penosa que á una elección difícil.

QUESTENBERG.—Cierto; por eso el príncipe nos excusa la elección.

ILLO.—El príncipe mira á sus tropas con paternal solicitud; en cambio, ya sabemos qué afecto le inspiramos al Emperador.

QUESTENBERG.—El Emperador no tiene más que un solo afecto para todos sus vasallos, y no puede sacrificar unas clases á otras.

ISOLANI.—Por eso nos arroja á las fieras del desierto; para conservar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG (*con ironía*).—Me permito observar al señor conde, que la comparación es suya y no mía.

ILLO.—Si fuéramos, sin embargo, lo que la corte supone, sería peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG (*con gravedad*).—No fué dada, fué usurpada. Conviene ponerle freno.

ILLO.—Se hallarán con que el caballo es montaraz.

QUESTENBERG.—Ya le domará mejor jinete.

ILLO.—Sólo se deja montar por quien le ha domesticado.

QUESTENBERG.—Una vez domesticado, obedece á un niño.

ILLO.—Ya sé que han dado con el niño.



QUESTENBERG.—Cuidad de vuestros deberes y no os preocupe el nombre de vuestro jefe.

BUTTLER (*que hasta aquí había permanecido retirado con Piccolomini, aunque siguiendo con visible interés la conversación*).—Señor presidente, el emperador cuenta con un ejército considerable en Alemania; aquí se hallan de guarnición treinta mil hombres; diez y seis mil en Silesia, seis mil en Suabia, doce mil en Baviera en frente de los suecos. Hay además diez regimientos á orillas del Weser, el Rhin y el Mein, sin contar la guarnición de las fortalezas que defienden las fronteras. Ahora bien, todas estas tropas obedecen á los generales de Friedland, y estos generales, señor ministro, proceden todos de la misma escuela, han mamado la misma leche, y tienen un solo corazón. Extranjeros todos en este suelo, carecen de otro hogar, de otra morada que no sea este campamento, y ni se baten por la patria, porque millares de ellos han nacido, como yo, en otro país, ni obran llevados del afecto al Emperador, porque la mitad por lo menos han venido aquí desertando del servicio extranjero, y lo mismo les da batirse por el águila imperial como por el león ó las flores de lis. Un solo hombre, uno solo, los mantiene unidos formando un solo pueblo, con el poderoso lazo del amor y el temor; como recorre el espacio el relampago, así su voz de mando se extiende desde los lejanos puestos que bate la corriente del Belt ó miran los fructíferos valles del Estch, hasta las garitas del palacio del Emperador.

QUESTENBERG.—En suma; ¿qué queréis decir con tal discurso?

BUTTLER.—Quiero decir que el respeto, la afeción, la confianza que nos hacen obedecer á Friedland, no pasaran á voluntad al primer jefe que á la corte de Viena le plazca imponernos. Harto recordamos todavía cómo obtuvo Friedland el mando. ¿Acaso el Empe-

rador puso en sus manos un ejército ya formado? ¿tratábase tan sólo por ventura de nombrar un jefe para las tropas?... No; el ejército no existía siquiera; antes tuvo que crearlo Friedland; lejos de recibirlo del Emperador, él se lo dió. Y no fué el Emperador quien nos dió por general á Wallenstein, sino Wallenstein quien nos dió por soberano al Emperador. Sólo él nos mantiene adictos á sus banderas.

OCTAVIO (*interponiéndose entre ellos*).—Recordad, señor consejero, que os halláis en un campamento y entre soldados, y la osadía y la libertad son su vida. ¿Cómo ser osados en la guerra, si no lo fuesen también en el hablar? Lo uno es consecuencia de lo otro. La audacia de este digno oficial (*señalando á Buttler*), aunque inoportuna en este momento, conservó para el Emperador á Praga, cuando la insubordinación de las tropas no ofrecía otro medio de salvación.

(*Suena á lo lejos una música guerrera*).

ILLO.—Ya estan aquí; la guardia saluda. Esta es la señal de que la princesa ha llegado.

OCTAVIO (*á Questenberg*).—Entonces está también de regreso mi hijo que fué á buscarlas á Carintia y las acompañó hasta aquí.

ISOLANI (*á Illo*).—¿Vamos juntos á saludarlas?

ILLO.—Sí, vamos. Vamos, coronel Buttler. (*Á Octavio*): Recordad que antes de medio día hemos de reunirnos en casa del príncipe con el señor consejero.

### ESCENA III

OCTAVIO.—QUESTENBERG

QUESTENBERG (*con sorpresa*).—¿Qué es lo que oigo, general? ¡Cuánta audacia y desenfreno!... Si este es el espíritu dominante en las tropas, ¿dónde vamos á parar?